

Puse el punto cuando entró Miguel López Azuara. Agrandó la sonrisa y los ojos.

—Nos busca Julio, trae noticias.

—Voy. —Extraje la hoja del rodillo.

—Orale, es importante.

Julio terminaba una conversación telefónica llenándola de saludos reiterativos. Antes de tomar asiento junto a nosotros pidió a Elenita Guerra café para Miguel y para mí y dos tehuacanes para él. Estaba en mangas de camisa. No parecía decidido a quedarse quieto nunca. Iba hasta la puerta de su oficina: la abría, la cerraba. Nos miró. Con la izquierda se tensó la cabeza encanecida.

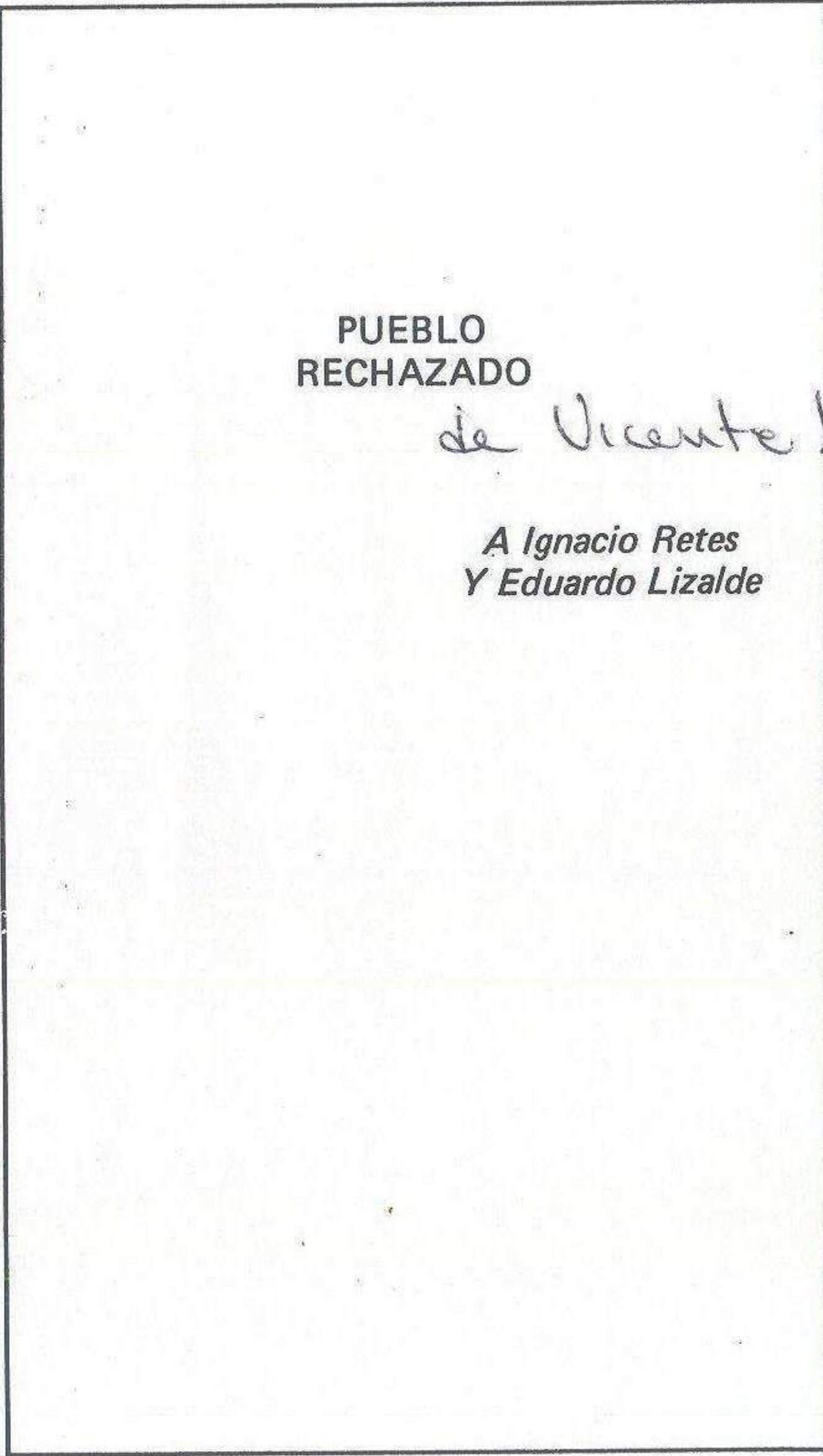
—Hay posibilidades de que tengamos un diario —dijo—. Buenas posibilidades.

enero-diciembre 1977

Teatro Mexicano

MDVRSLS

C-1



PUEBLO
RECHAZADO

de Vicente Leñero

A Ignacio Retes
Y Eduardo Lizalde

1088325

JLB
~~9/11/77~~
13/11/77

INTRODUCCION

El 12 de junio de 1967, el sacerdote Gregorio Lemercier, fundador y prior conventual del monasterio Santa María de la Resurrección, ubicado en las proximidades de Cuernavaca, hizo pública su decisión de renunciar "al ejercicio del sacerdocio jerárquico católico" y la decisión de su comunidad de "renunciar a los votos monásticos y cortar los vínculos que nos atan con las estructuras monásticas actuales, de la Confederación Benedictina y de la Congregación de Religiosos, para poder crear una comunidad nueva, absolutamente original por la importancia dada a la conciencia personal... unidos por una confianza común en el medio técnico del psicoanálisis".

La decisión de Lemercier y de sus monjes era el punto final de un largo conflicto con las autoridades del Vaticano, surgido a raíz de la implantación del psicoanálisis en el monasterio de Santa María de la Resurrección. La experiencia psicoanalítica contrariaba las disposiciones legales de un mánitum dictado por el tribunal del Santo Oficio el 16 de julio de 1961.

En su edición del 22 de junio de 1967, la versión en español de la revista *Informations Catholiques*

*Internationales*¹ sintetizó en los siguientes términos la historia del conflicto:

"Desde 1961 Dom Gregorio Lemercier desarrollaba en su monasterio una experiencia de psicoanálisis en los postulantes y en los monjes.

En 1963-64, los visitadores apostólicos, entre ellos el primado de los benedictinos, Dom Benno Gut, aprobaron la experiencia para los postulantes y autorizaron a los monjes en curso de tratamiento, a proseguirlo hasta terminarlo. Se solicitó de la Congregación de Religiosos el permiso para que Dom Gregorio continuara su experiencia.

Pero a fines de 1965 el Santo Oficio se enteró del asunto. Sin escuchar al interesado y sin conocer el documento esencial que constituía la explicación que el mismo padre Lemercier proporcionó a la Congregación de Religiosos, el Santo Oficio destituyó a Dom Gregorio y le asignó residencia en Bélgica, su país de origen.

Informado de las anomalías del proceso, el cardenal Ottaviani (secretario del Santo Oficio) renunció espontáneamente al caso y habló con el Papa, quien nombró una comisión especial: los cardenales Roberti, Forni y Heard, y prometió al obispo de Cuernavaca que el padre Lemercier sería juzgado "con justicia y caridad".

En la primavera de 1966 se le pidió por una carta del tribunal especial ir a Roma. Dom Gregorio no vio en ésta una "citación para comparecer" formal, y comenzó por pedir explicaciones sobre un documento anterior. Ausente, fue condenado por

¹ *Informaciones católicas internacionales*
No. 290. 22 de julio de 1967; págs. 8 y 9

contumacia por el tribunal y declarado suspenso *a divinis* por el abad primado, y excluido del Congreso de benedictinos en Roma, en septiembre.

Pronto la contumacia fue reconocida sin fundamento, y se abrió el verdadero proceso. Duró ocho meses. El tribunal especial dio su veredicto el 18 de mayo de 1967."

Al veredicto, que prohibía a Lemercier sostener en público o en privado la teoría o la práctica psicoanalítica y exigir o sugerir a los candidatos a la vida monástica una formación psicoanalítica, el monje benedictino respondió con su renuncia y la renuncia de su comunidad. (La Santa Sede concedió a Lemercier su reducción al estado laico el 16 de septiembre de 1967.)

(Esta obra se inspiró en tales acontecimientos.)

contumacia - rebeldía, obstinación
en sostener un error

REPARTO

La compañía Teatro Documental, dirigida por Enrique Lizalde e Ignacio Retes, estrenó esta obra, dentro del Programa Cultural de la XIX Olimpiada, en el teatro Xola de la ciudad de México el 15 de octubre de 1968, con el siguiente reparto:

EL PRIOR: Enrique Lizalde

EL ANALISTA: Guillermo Murray

EL OBISPO: Carlos Bracho

EL SACERDOTE: José Carlos Ruiz

EL CORO DE MONJES: José de Molina, Antonio Gonzáles, Héctor Sáez, Roberto Hernández y Cuauhtémoc Matamoros

EL CORO DE CATOLICOS: Luis Heredia, Macario Alvarez, Angelina Corona, Angel Aragón y Hugo Gallegos

EL CORO DE PERIODISTAS: Raúl Bóxer, Hugo Micel y David Salazar

EL CORO DE PSICOANALISTAS: Enrique Gilaberto, José Lavat y Manuel Montes de Oca

CARDENAL 1: Eugenio Cobo

CARDENAL 2: José Riande

CARDENAL 3: Manuel Armenta

DIRECCION: Ignacio Retes

ESCENOGRAFIA Y VESTUARIO: Toni Sbert

ACTO PRIMERO

Una luz vertical incide sobre una sobria mesa de madera que hace las veces de escritorio y altar, y que ocupa, durante toda la obra, el centro del escenario.

Fuera de escena, el Coro de monjes entona, en gregoriano:

CORO DE MONJES.— Gloria a ti Padre por tu Hijo, en el Espíritu Santo. Ahora y para siempre y en los siglos de los siglos. Amén.

Después de un largo silencio, entran sigilosamente en el escenario —ahora en penumbra— los miembros del Coro de católicos. A la manera de un guía, un sacerdote los conduce.

SACERDOTE.— Shhh. Despacio. En silencio. Entramos en el sagrado monasterio de la colina.

CORO DE CATOLICOS.— Shhh.

SACERDOTE.— Esta es la casa de un selecto grupo de hombres que para ser fieles a Dios, para mejor servirle y alabarle, han renunciado a todos los placeres del mundo. La más perfecta vida espiritual se vive aquí . . . Aquí se han gestado grandes

iniciativas teológicas y grandes renovaciones litúrgicas. Aquí el arte religioso ha alcanzado expresiones sublimes. Miren los cuadros, observen las imágenes, la capilla, el altar. Han suprimido todo lo superfluo para dejar únicamente la sustancia . . . Y aquel cristiano que sediento de una vida más auténtica se llega al monasterio en busca de orientación, no regresa al mundo defraudado; aquí recibe la respuesta que disipa sus dudas, el consejo que impulsa su fe, el ejemplo que fortalece su esperanza . . . No imaginen hombres débiles; los monjes son almas templadas en la fragua del ascetismo. No viven de limosnas, ellos mismos se ganan el pan trabajando la tierra, cultivando los huertos, fabricando imágenes. La oración y el trabajo son sus leyes, y la piedad y la sabiduría sus virtudes. Varones santos elegidos por Dios para eliminar nuestro mundo de tinieblas . . . Demos gracias por este monasterio. Mientras exista, podemos estar seguros de que el Señor vive entre nosotros.

Mientras el sacerdote hablaba, los miembros del Coro de católicos se han dispersado por el escenario observándolo y examinándolo todo con admiración y respeto. Interrumpen sus cuchicheos cuando al fondo, semiocultos en la penumbra, se perfilan el Prior y el Coro de monjes. Entre ellos mismos, los miembros del Coro de católicos se ordenan silencio y vuelven a reunirse en grupo. En melodía gregoriana, el Coro de monjes entona el salmo:

SOLISTA DEL CORO.— Obras todas del Señor,
CORO DE MONJES.— Bendecid al Señor. Alabadle y ensalzadle sobre todas las cosas, por todos los siglos.

SOLISTA.— Angeles del Señor,
CORO DE MONJES.— Bendecid al Señor.
SOLISTA.— Cielos,
CORO DE MONJES.— Bendecid al Señor.
SOLISTA.— Aguas todas que estáis sobre los cielos,
CORO DE MONJES.— Bendecid al Señor.
SOLISTA.— Sol y luna,
CORO DE MONJES.— Bendecid al Señor.
SOLISTA.— Estrellas del cielo,
CORO DE MONJES.— Bendecid al Señor.

Los monjes permanecen al fondo, en la penumbra, mientras el Prior camina hacia el Coro de católicos. ✓

CORO DE CATOLICOS.— *Avanzando hacia él, efusivos. Dios lo bendiga, padre. Dios lo premie. Ha realizado usted una obra maravillosa. Su monasterio es una escuela de fe. Una fuente de espiritualidad. De sabiduría. De gracia. Dios lo bendiga, padre.*

El Prior trata de evadir, de frenar de algún modo el entusiasmo del Coro de católicos. Cuando va a retirarse, un joven se desprende del grupo y le cierra el paso.

JOVEN.— Dígame qué debo hacer para ingresar en el monasterio. Quiero ser monje.

PRIOR.— No es tan fácil como supones . . .

JOVEN.— ¡Quiero ser monje!

Algo va a añadir el Prior, cuando fuera de escena comienza a escucharse una risa burlona que rápidamente sube de tono hasta irrumpir en violentas ✓

carcajadas. El Prior y el Coro de católicos vuelven la mirada hacia el sitio de donde parece provenir la risa. Esta prosigue, incontenible, mientras desconcertados, temerosos, los miembros del Coro de católicos, incluyendo al joven, huyen lentamente. Al cesar las risotadas, el Prior se vuelve hacia el sitio donde se hallaba el joven, pero ya no lo encuentra. Cabizbajo regresa al fondo del escenario. También el Coro de monjes ha desaparecido.

Ahora son visibles, en penumbra, una serie de celdas y otras breves áreas del monasterio. El Prior se dirige a ellas. Entra en la primera área donde un monje lee atentamente un grueso libro. El Prior se aproxima, pero el monje no se da por enterado. Entra luego en un taller donde varios monjes trabajan en la elaboración de imágenes religiosas. El Prior examina un cuadro.

MONJE.— Son los nuevos diseños del hermano. ¿Qué le parecen, padre?

PRIOR.— Muy bien.

MONJE.— Formidables, ¿no? Se van a vender mejor que las medallas. Mire éste.

PRIOR.— Si, formidables.

Al entrar en una celda, el Prior descubre a un monje ovillado en el suelo en posición fetal. El monje solloza débilmente.

PRIOR.— ¿Qué ocurre . . .? ¿Qué te pasa?

No obstante que el Prior repite sus preguntas y trata incluso de levantar o hacer reaccionar al monje, éste no responde. Mantiene su posición y pro-

sigue con sus sollozos. El Prior abandona la celda, pero se detiene meditabundo a poca distancia. Con un cesto bajo el brazo y silbando alguna tonada popular, otro monje cruza frente al Prior.

MONJE.— ¿Ya vio qué aguacates se están dando este año, padre? Ahora sí parece que la providencia va a tratarnos muy bien. La huerta está cuajada, cuajada.

El Prior responde con un vago ademán de aprobación mientras el monje se retira silbando. Los sollozos del monje de la celda se acentúan.

El Prior se detiene frente a un área donde un monje conversa con su madre.

MADRE.— ¿Duermes bien, hijito? ¿Te dan bien de comer?

MONJE.— No te preocupes por mí. Aquí he descubierto mi verdadera vocación.

MADRE.— ¿No has estado enfermo? ¿Te trata bien el padre?

MONJE.— Es un santo.

MADRE.— Cuídate mucho, hijito; te veo más pálido y más ojoso. No exageres las penitencias, y acuérdate: si algún día quieres irte, dímelo sin miedo, yo vendré por ti.

Tendido en el catre de una celda, un monje dormido se convulsiona como si fuera víctima de terribles pesadillas. El Prior se aproxima hasta el catre y trata de despertarlo.

MONJE.— No no, por favor. No.

PRIOR.— Despierta.

MONJE.— No. No. No.

PRIOR.— ¡Despierta!

El monje se despierta al fin, pero al descubrir la presencia del Prior su alteración se reaviva.

MONJE.— Era usted. Lo vi. Traía una antorcha en la mano y prendía fuego a mi cama. Lo vi. Era usted. Quise detenerlo, pero no pude. Me arrojó la antorcha. Las llamas encendieron la celda . . . Salían por la ventana. Lo quemaban todo, todo. Y usted continuaba en medio del fuego, ardiéndose . . . Era horrible porque reía, reía, y yo gritaba, y usted reía, reía, reía . . .

PRIOR.— Olvídalo. Sólo fueron pesadillas.

El Prior trata de serenar al monje con un ademán paternal, pero éste lo esquiva rápida, automáticamente.

MONJE.— ¡No me toque! (*Reaccionando, arrepentido*); Perdón, padre. Perdóneme.

PRIOR.— Sólo fueron pesadillas.

Cuando el Prior cruza por el centro de un área correspondiente a la biblioteca del monasterio, dos monjes leen, en voz alta y con acentos gregorianos, los textos de sendos libros.

MONJE 1.— Así como hay un celo de amargura malo, que separa de Dios y conduce al infierno, así también hay un celo bueno que aparta de los vicios y conduce a Dios y a la vida eterna.

MONJE 2.— Quien quiera, pues, que te apresures por llegar a la patria celestial, practica con la

ayuda de Cristo esta mínima regla de iniciación, y entonces finalmente llegarás con la protección de Dios a las cumbres más elevadas de doctrina y virtudes.

Al entrar en la última celda, el Prior descubre en la penumbra a dos monjes sospechosamente abrazados. Uno de ellos se vuelve, y al ver al Prior sale corriendo. El otro permanece inmóvil durante unos segundos. Luego cae súbitamente de rodillas, y con el puño cerrado se golpea el pecho repetidas veces.

MONJE.— Señor, pequé, ten misericordia de mí. Señor, pequé, ten misericordia de mí. Señor, pequé, ten misericordia de mí.

PRIOR.— Basta.

MONJE.— Señor, pequé, ten misericordia de mí.

PRIOR.— ¡Basta he dicho!

El monje se arroja a los pies del Prior. Al llegar al centro del escenario, el Prior se apoya en el escritorio-altar y hiende la cabeza, atribulado. No repara en el monje que segundos después llega hasta el lugar, y en un minúsculo florero —único objeto que se encuentra sobre el escritorio-altar— introduce una rosa y se retira. A coro, desde sus respectivas celdas totalmente a oscuras, los monjes entonan en gregoriano:

SOLISTA.— Ten misericordia de mí, oh Dios.

CORO DE MONJES.— Ten misericordia de mí, porque a ti he confiado mi alma.
Me ampararé a la sombra de tus alas
mientras pasa la angustia.
Invocaré al Dios altísimo,

al Dios que siempre me favorece.
Y él enviará desde los cielos quien me socorra,
y confunda al enemigo que me acosa.
Enviaré Dios su misericordia y su bondad.

Relámpagos luminosos invaden el escenario. Círculos y figuras cromáticas danzan en torno al Prior, quien encandilado trata de seguirlas moviéndose en todas direcciones. La sorpresa, el pánico y la alegría, se reflejan alternativamente en su actitud. Finalmente parece entrar en un arrebató místico.

PRIOR.— *gritando* ¡Dios mío, Dios mío, por qué no me hablas ahora!

Mientras prosigue el juego de luces, se escucha, violenta, la risa burlona de la primera escena.

PRIOR.— Habla, Señor, tu siervo escucha.

Entre el fenómeno luminoso, se perfila borrosamente la figura del Analista. El Prior creerá ver en él —aterrado— un ser sobrenatural, diabólico.

ANALISTA.— No es Dios, imbécil, es su ojo enfermo el que lo turba.

CORO DE MONJES.— No lo oigas. No le hables. No lo recibas en tu casa.

PRIOR.— ¿Quién me llama?

ANALISTA.— Nadie lo llama, ¡despierte!

PRIOR.— Es él. Es su voz. Es su acento.

CORO DE MONJES.— No lo oigas. No le hables. No lo recibas en tu casa.

PRIOR.— Nuevamente tú. Me has encontrado al fin. De nada me ha servido cruzar el mar, atravesar

fronteras, esconderme en el último rincón de la noche. ¿Qué quieres de mí?

CORO DE MONJES.— Huye. Retírate. Escóndete.

PRIOR.— Qué quieres de mí. Por qué no me dejas tranquilo en mi monasterio, con mis hermanos, con mis oraciones, con mi trabajo. Qué quieres. Qué deseas. Habla. Te lo exijo. ¡Te lo exijo!

ANALISTA.— Si en realidad quiere enfrentarse al diablo, búsquelo en el fondo de usted mismo y lo encontrará. En el fondo de usted mismo. En el fondo del prójimo. En el fondo de las cosas. En el fondo de todo.

CORO DE MONJES.— Huye. Retírate. Escóndete.

ANALISTA.— Responda: ¿las tinieblas están en el fondo de la luz?

CORO DE MONJES.— Huye . . .

ANALISTA.— ¿El frío en el fondo del calor?

CORO DE MONJES.— Retírate . . .

ANALISTA.— ¿El silencio en el fondo del ruido?

CORO DE MONJES.— Escóndete.

ANALISTA.— ¿Lo insípido en el fondo del sabor? ¿El enemigo en el fondo del amigo? ¿La ignorancia está en el fondo de su conocimiento? ¿El odio está en el fondo de su amor? ¿La muerte está en el fondo de toda vida?

PRIOR.— Qué debo hacer para vencerte.

CORO DE MONJES.— Huye huye huye huye huye huye huye

ANALISTA.— Escrito está: si tu ojo te escandaliza, ¡arráncalo!

En medio aún de los fenómenos cromáticos, el Prior regresa al escritorio-altar. Se lleva una mano al ojo derecho y encaja en él sus uñas. Emite un grito desgarrador. Cesan los artificios cromáticos. Una luz de día ilumina todo el escenario. Mientras el Prior permanece frente al altar, de pie, plegado sobre sí mismo, el Analista —ahora perfectamente visible— recorre las áreas del monasterio. Los monjes que vimos durante la visita del Prior no han variado sensiblemente de postura. Todos observan atemorizados al Analista, quien efectúa un rápido recorrido moviendo negativamente la cabeza. Regresa hasta el escritorio-altar.

ANALISTA.— A pesar de sus slogans publicitarios y de los que dicen por ahí sus amigos católicos, esto no parece tener nada que ver con la casa de Dios, padre . . . Confío en que ahora ya pueda distinguir con claridad, libre de ese ojo enfermo, lo que es realmente su monasterio. Una cueva de leprosos; un refugio de histéricos, de fanáticos, de homosexuales . . .

PRIOR.— *Irguiéndose, violento:*
¡Y de hombres que buscamos a Dios!

ANALISTA.— Que se lo inventan, para huir de sus problemas. Rebaño de eunucos, en el peor sentido de la palabra.

PRIOR.— Hay eunucos, dice Mateo, que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que fueron hechos por los hombres; pero hay también eunucos que así mismos se han hecho tales por amor al reino de los cielos.

ANALISTA.— Dudo mucho que algunos de éstos lo sea por amor al reino de los cielos . . . Perdóne si lo ofendo, pero quería conocer mi opinión,

y éste es mi diagnóstico. Usted es libre de seguir engañándose y engañándolos.

PRIOR.— Son treinta años de lucha. Treinta años. Toda mi vida buscando, buscando, buscando . . . Desde muy pequeño emprendí el camino. Dejé padres, familia, hogar. Soñaba con ser misionero y morir como mártir en tierra de paganos, pero muy temprano aprendí que el verdadero martirio se alcanza todos los días, viviendo. En ningún lugar encontraba mi sitio, en ninguna fuente saciaba mi sed. Busqué aquí, busqué allá, siempre rebelde a las respuestas fáciles; quería saber, penetrar la verdad, desgajarla. Necesitaba construir de nuevo la torre de Babel y cavar a gritos el cielo . . . Fue largo y penoso el camino hasta la colina. Pero llegué. Llegué al fin, y con estas manos consagradas que habían arañado el misterio, que se habían crispado frente al enemigo, que bendecían el pan de todos los días, construí la torre de Babel. Yo solo, terco, infatigable y soberbio, levanté la casa del Señor. Esta casa.

ANALISTA.— Muy conmovedor, padre.

PRIOR.— Y ahora oigo decir que es simplemente una cueva de leprosos, un manicomio.

ANALISTA.— Esa es mi opinión.

PRIOR.— Esa es la verdad. En eso está a punto de terminar la obra de mi vida . . . Leprosario. Manicomio. ¿De qué me vale negarlo? La nave se hunde, mi búsqueda naufraga . . . ¿Por qué? ¿Qué fue lo que hice mal? ¿En dónde estuvo el error? ¿Fue mi necesidad? ¿Fue mi orgullo? ¿Fue mi pecado de soberbia?

ANALISTA.— Fue su ceguera.

PRIOR.— Pero ya no estoy ciego. Ya no lo estoy. He arrancado el ojo que me escandalizaba.

Hacia el final del diálogo anterior, los monjes que ocupaban las distintas áreas del monasterio salen lentamente de ellas y se congregan próximos al escritorio-altar. Sobre los últimos parlamentos, al principio en voz muy baja y luego en tono ascendente, entonan en gregoriano su lamento.

CORO DE MONJES.— Señor ten piedad. Cristo ten piedad. Señor ten piedad. Cristo ten piedad. Señor ten piedad . . .

PRIOR.— ¡Ya no estoy ciego, hermanos! ¡He arrancado el ojo que me cegaba! ¡Ya no estoy ciego!

Los monjes prosiguen con sus lamentos.

ANALISTA.— Solicitan su auxilio.

PRIOR.— Yo soy el primero que lo necesita.

ANALISTA.— ¿El de su Dios no le basta?

PRIOR.— Necesito el de usted. Para llegar a Dios necesitamos ahora el auxilio de usted. Por eso le he llamado.

El Prior se dirige a sus monjes. Cesan los lamentos.

Para penetrar en Dios, tenemos antes que penetrar en nosotros mismos, hermanos. Para dialogar con el Padre tenemos que seguir el camino del Hijo, que se encarnó en nuestra piel. Tomar su cruz y renunciar a todo. Renunciar al tesoro de nuestro miedo. Renunciar al consuelo de nuestro masoquismo. Renunciar al refugio de nuestra humildad. Renunciar al escudo de nuestra pureza, de nuestra obediencia, de nuestra mansedumbre. Renunciar incluso, si fuere preciso, a nuestra amada renuncia al mundo, hermanos.

CORO DE MONJES.— Ayúdenos. Ayúdenos. Ayúdenos. Ayúdenos.

PRIOR.— Lo necesitamos.

ANALISTA.— Tal vez me necesita su vanidad.

PRIOR.— Ayúdenos a renunciar a nuestra vanidad.

ANALISTA.— No es fácil. No sería nada fácil para ustedes . . . Se equivoca si cree ver en mí quien lo sustituya en su papel de padre de estos huérfanos. Yo no vendría a trabajar por su causa. No creo en su Dios ni creo en su magia. Vendría a dejarlos más huérfanos aún . . . ¿Comprende cuál es el riesgo?

PRIOR.— Acepto el riesgo.

ANALISTA.— No, no comprende. . . Mis herramientas, el espejo que yo pondría frente a ustedes es capaz de ahuyentar todo lo que puebla esta casa. En menos tiempo del que supone, podría quedarse sin un solo monje, padre.

PRIOR.— De qué nos vale ser eunucos si no lo somos por amor al reino de los cielos.

ANALISTA.— Confía demasiado en su fe.

PRIOR.— Mi fe es una búsqueda que no puede frenarse, que no tolera miedos, que no acepta derrotas. Necesito saber, bajar al fondo de mi propio infierno y enfrentar la verdad, cualquiera que ésta sea.

ANALISTA.— Magnífico. Usted lo ha querido así. ¡Destruyamos el templo!

El Analista sale. Permanecen en escena el Prior —frente al escritorio-altar— y un grupo del Coro de monjes. Cantan en gregoriano.

SOLISTA.— Purifica mi corazón y mis labios, oh

Dios, para que pueda anunciar dignamente tu santo evangelio.

CORO DE MONJES.— Danos, Señor, tu bendición.

SOLISTA.— El Señor sea con ustedes.

CORO DE MONJES.— Y con tu espíritu.

SOLISTA.— Continuación del santo evangelio, según san Lucas.

CORO DE MONJES.— Gloria a ti, Señor.

SOLISTA.— *(En tono hablado)*. Y entrando Jesús atravesó Jericó. Había allí un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos, y rico. Hacía por ver a Jesús, pero a causa de la muchedumbre no podía, porque era de baja estatura. Corriendo adelante se subió a un sicomoro para verle, pues había de pasar por allí. Cuando llegó a aquel sitio, levantó los ojos Jesús y le dijo: Zaqueo, baja pronto porque hoy me hospedaré en tu casa. El bajó a toda prisa y lo recibió con alegría. Viéndolo, todos murmuraban de que hubiera entrado a alojarse en casa de un hombre pecador. Zaqueo, en pie, dijo al Señor: Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si a alguien he defraudado en algo, le devuelvo el cuádruplo. Díjole Jesús: Hoy ha venido la salud a esta casa, por cuanto éste es también hijo de Abraham; pues el hijo del hombre ha venido a salvar lo que estaba perdido.

En el centro del escenario en penumbra, el Prior realiza en voz alta su meditación.

PRIOR.— Jesús, siempre he sentido simpatía por Zaqueo. No porque yo fuera pequeño, sino por su testarudo deseo de verte. Se dice que soy terco.

Sin duda es verdad, y eso me ha causado muchos disgustos. Pero espero que mi terquedad, y muy especialmente mi obstinación en verte, en encontrarte, tendrá también buenos resultados. Jesús, yo estaba en medio de la muchedumbre: la muchedumbre de mis hermanos, la muchedumbre de mis amigos y conocidos, la muchedumbre de todos los que me rodeaban. Estaba en medio de la muchedumbre y sentía que ésta, me impedía verte. No porque fuera pequeño, sino porque me creía pequeño. No sé si en tu tiempo se fijaban en eso, pero en nuestros días eso se llama complejo de inferioridad. Tal vez tú lo llamarías humildad. Me creía pequeño, y sin embargo quería verte, quería encontrarte. Como Zaqueo, quise hacerme grande. El subió a un sicomoro. Yo, aunque hubiera subido a cualquier otro árbol, nada habría conseguido. Tenía necesidad de una altura que no se mide en metros, tenía necesidad de una altura que se mide en confianza. Por eso dejé la muchedumbre; la muchedumbre de mi familia, la muchedumbre de mis amigos, y me fui a un alto lugar, a una montaña. Jesús, yo te buscaba en aquella montaña; Jesús, yo te he buscado en este monasterio, en esta montaña. Treinta años viviendo arriba del sicomoro. Y creía haberte encontrado. Creía que tú también vivías aquí y que yo vivía en tu compañía. Lo creía porque estaba subido en lo más alto posible, porque era terco. Ahora me ven sentado encima de la muchedumbre, encima de mis nuevos hermanos, encima de las multitudes que me rodean. Ahora ya no me siento pequeño, me siento grande. Eso se llama un sentimiento de superioridad. Tal vez tú lo llamarías orgullo, no sé si es lo mismo. Pero importa poco. Estoy en mi monasterio, estoy trepado en mi si-

comoro para verte . . . y Tú no estás conmigo. ¿En dónde estás, Jesús? Responde. Tu silencio me inquieta. Treinta años en el monasterio, treinta años sobre el sicomoro es largo tiempo. Me parecía corto porque te creía cerca de mí, pero ahora no te veo. ¿Era una ilusión?, ¿era un espejismo? Jesús, tu silencio me da vértigo. Voy a caer. Responde. Dime que estás cerca. Dime que no en vano, durante treinta años, he permanecido en equilibrio sobre el sicomoro.

Oscuro total. Cuando las luces vuelven a encenderse, el Analista se encuentra reunido con los monjes en sesión de psicoanálisis. Los monjes y el Analista hablan indistintamente, gesticulan, se mueven, pero no escuchamos sus palabras. Algunos monjes se turban y huyen, atemorizados, cuando el Analista trata de hablar con ellos individualmente. Mientras ocurre la escena, un grupo del Coro de monjes entona el salmo en gregoriano:

CORO DE MONJES.— El señor me apacienta, nada me falta, en verdes prados me hace recostar. Me conduce a las aguas donde descanso; restaura mi alma. Me guía por senderos rectos por amor a su nombre. Aunque camine en valle tenebroso no temeré mal alguno porque Tú estás conmigo.

Entran el Coro de periodistas y el Coro de católicos. Los primeros, corriendo y dispersándose con curiosidad febril. Integran el Coro de periodistas un grupo de reporteros y fotógrafos que durante toda la escena desarrollan gran actividad. Los fotógrafos van de uno a otro sitio disparando sus cámaras sobre los monjes, sobre el Analista, sobre

algunas celdas, sobre el Coro de católicos. Libreta en mano, los reporteros registran y examinan el sitio. El corre y corre de unos y otros mantiene un ritmo aceleradísimo.

CORO DE PERIODISTAS.— *desde su aparición* ¡Noticia, noticia! ¡El psicoanálisis ha entrado en el monasterio! ¡Insólito! ¡Increíble! ¡Extraordinario! ¡Noticia, noticia! ¡Ahora un psiquiatra confiesa a los monjes! ¡Indaga su vocación! ¡Explora sus sentimientos! ¡Noticia! ¡Noticia!

Ante la actividad desarrollada por el Coro de periodistas, los miembros del Coro de católicos se observan entre sí, desconcertados. Cuchichean, como poniéndose de acuerdo.

CORO DE PERIODISTAS.— *(Hacia el Coro de católicos).* Qué opina la Iglesia. Queremos saber qué opina la Iglesia. Necesitamos orientar a nuestros lectores, es nuestro deber. Qué opina la Iglesia.

CORO DE CATOLICOS.— Shhhh.

REPORTERO.— ¿Consideran peligrosa la experiencia?

CORO DE CATOLICOS.— Shhhhhh.

REPORTERO.— ¿Saludable?

CORO DE CATOLICOS.— Shhhhhhhh.

REPORTERO.— ¿Prohibe la Iglesia el psicoanálisis?

CORO DE CATOLICOS.— Shhhhhhhh.

REPORTERO.— ¿Van a contratar psiquiatras para todo el clero?

CORO DE CATOLICOS.— Shhhhhhhh.

REPORTERO.— ¿Es cierto que el Vaticano no ha otorgado su autorización?

CORO DE CATOLICOS.— Shhhhhhhh.

Del Coro de católicos se desprende el Sacerdote.

SACERDOTE.— Es inevitable. Llegó el momento de romper el silencio.

CORO DE CATOLICOS.— Sí llegó el momento de romper el silencio.

CORO DE PERIODISTAS.— Van a hablar. Van a hablar. Van a hablar.

Todos los reporteros y fotógrafos se concentran frente al Coro de católicos.

SACERDOTE.— Dios quiera iluminar nuevamente con su gracia el alma de los monjes, para que retomen la senda perdida.

CORO DE CATOLICOS.— Dios tenga misericordia del Prior.

CORO DE PERIODISTAS.— Van a hablar. Van a hablar. Van a hablar. Noticia. Noticia.

SACERDOTE.— *(Después de imponer silencio; doctoral.)* Los criterios infalibles de la Iglesia no admiten discusión. En un valioso diccionario de teología moral, se afirma, de manera tajante: Difícilmente podemos excusar de pecado mortal a quien libre y concientemente adopta y se somete al psicoanálisis.

CORO DE PERIODISTAS.— ¡Ooooooh!

CORO DE CATOLICOS.— Pecado mortal. ¡Pecado mortal! ¡Condenación eterna!

CORO DE PERIODISTAS.— *reaccionando* Pero es sólo una opinión. Han transcurrido diez años. La iglesia ha rectificado.

SACERDOTE.— ¡La Iglesia nunca rectifica! El 16 de julio de 1961, el Santo Oficio dictó un

mónitum que sabia y enérgicamente, con claridad meridiana, condena las experiencias del monasterio. *Leyendo:* Hay que reprobear, dice el mónitum, la opinión de aquellos que pretenden que una formación psicoanalítica preceda a la recepción de las órdenes sagradas.

CORO DE PERIODISTAS.— ¡Ooooooh!

SACERDOTE.— O que los candidatos al sacerdocio o la profesión religiosa deban someterse a exámenes e investigaciones psicoanalíticas propiamente dichas.

CORO DE PERIODISTAS.— ¡Ooooooh!

SACERDOTE.— Lo que vale también si se trata de asegurarse de la aptitud requerida para el sacerdocio o la profesión religiosa.

CORO DE PERIODISTAS.— ¡Ooooooh!

SACERDOTE.— Asimismo, los sacerdotes, los religiosos y las religiosas no pueden consultar psicoanalistas sin el permiso del ordinario y por una causa grave.

CORO DE PERIODISTAS.— ¡Ooooooh!

SACERDOTE.— *(Dejando de leer).* Por este motivo, porque el prior no ha acatado las disposiciones del Santo Oficio, y por otros graves cargos que pesan contra él desde la fundación del monasterio, el Santo Oficio ha incoado un proceso en su contra. ¡El juicio de la Iglesia será el juicio de Dios!

CORO DE PERIODISTAS.— ¡Noticia! ¡Noticia!

CORO DE CATOLICOS.— Dios tenga misericordia del Prior. El Espíritu Santo le infunda la gracia del arrepentimiento.

CORO DE PERIODISTAS.— ¡Noticia! ¡Noticia! ¡Noticia!

El Prior irrumpe en el escenario. Violento, colérico, se arroja contra el Coro de periodistas y el Coro de católicos. Los dos grupos se dispersan. Estos huyen. Aquéllos tratan de entrevistarle, de tomarle fotografías. El corre y corre es general.

PRIOR.— *(Arremetiendo)*. ¡Razade víboras! ¡Necios! ¡Hipócritas! ¡Sepulcros blanqueados!

REPORTERO.— ¿Qué opina del mánitum?

PRIOR.— *(Colérico siempre)*. ¡No he desobedecido! En este monasterio yo soy la autoridad . . . ¡Fuera de mi casa!

REPORTERO.— ¿Piensa salir absuelto del proceso?

OTRO REPORTERO.— Según el mánitum, sólo por una razón grave se puede recurrir al psicoanálisis.

PRIOR.— ¡El equilibrio psíquico siempre es razón grave, estúpido!

REPORTERO.— Pero no está permitido imponerlo como condición.

OTRO REPORTERO.— Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR.— Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis . . . ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia! Yo abriré nuevos caminos a la fe. La teología y la ciencia bendecirán mi nombre . . . ¡Fuera, serpientes, fuera! ¡Soy un aventurero de Dios! ¡Mi obispo está conmigo!

Todos los miembros del Coro de periodistas y del Coro de católicos terminan fuera de escena, huyendo. También salen los monjes y el Analista. El Prior se encamina hasta el escritorio-altar. A su cólera sucede el abatimiento. Se hunde en reflexiones y tarda en descubrir la presencia del Obispo.

PRIOR.— *(Antes de advertir al Obispo)*. Mi obispo está conmigo . . .

OBISPO.— Y lo estoy en Cristo, padre . . . aunque personalmente me sea difícil entender y medir los alcances de su experiencia, aunque aún no pueda advertir los frutos, aunque considere peligroso su camino. Estoy con usted porque pienso que debemos abrirnos a toda inquietud, a toda búsqueda, a toda nueva aportación científica, a todo diálogo, a toda opinión. Porque aquel que se esfuerza en penetrar los secretos de las cosas y de los seres, es llevado por la mano de Dios, aun cuando no tenga conciencia de ello. *Bondadosamente irónico*: Confío en su aventura, aventurero de Dios.

PRIOR.— La humildad nunca ha sido mi virtud predilecta.

OBISPO.— Lo han sido la esperanza y la fe.

PRIOR.— *exaltándose poco a poco* La nave se hundía, monseñor. Yo les di un techo y un rumbo a los que llegaron a mí y no podía abandonarlos en el desastre. Necesitaba encontrar un remedio y lo encontré. El análisis ha sido el más feliz de los descubrimientos. El milagro de Jericó, ¿recuerda? . . . Jesús, hijo de David, ten compasión de mí, gritaba aquel ciego. Jesús le preguntó: ¿Qué quieres que haga? Señor, que se abran mis ojos . . .

Ningún retiro, ningún examen de conciencia había logrado abrirme los ojos a tal punto. Yo era un intelectual frío, voluntarioso, autoritario. El análisis me modificó radicalmente. Ya no busco hacerme temer, sino hacerme amar . . . Y mis hermanos. Mire usted a mis hermanos. Mire usted a los monjes. El análisis ha purificado su fe; la ha despojado de engaños y mentiras para dejar solamente lo auténtico. La obediencia conventual ha dejado de ser pasiva, formalista, temerosa, para volverse confiada, inventiva, alegre. Los que buscaban sólo un refugio, se han marchado convencidos de que no existe refugio alguno que nos defienda de nosotros mismos. Han regresado al mundo a luchar . . . Y los que permanecen, los auténticos eunucos por amor al reino de los cielos, son cada día más sanos, más productivos, más felices, más religiosos, más cristianos . . . Estos son los frutos, y Roma no quiere verlos. No entiende mis razones.

OBISPO.— Las entenderemos todos tarde o temprano. Ahora soplan nuevos vientos sobre la Iglesia.

PRIOR.— Pueden ser vientos de tempestad.

OBISPO.— Son de caridad y de comprensión. Tenga paciencia. No todos podemos correr al ritmo de su búsqueda . . . Usted nos lleva diez años de ventaja.

PRIOR.— Hace veinticinco que murió Freud.

OBISPO.— Y qué son veinticinco años para la Iglesia. La Iglesia es prudente.

PRIOR.— ¡Yo también soy la Iglesia!

OBISPO.— (*Rectificando*). La jerarquía de la Iglesia es prudente.

PRIOR.— No. Es cobarde, es tímida, es perezosa.

sa. Se ufana de poseer la verdad y actúa como si nada poseyera, como si cualquier viento nuevo fuera a derribar sus paredes. Cristo las hizo de piedra y ellos las consideran de paja . . . No tienen fe en su fe. Tiemblan al oír hablar de ciencia y el nombre de Freud los pone histéricos. El Freud que habla del sexo, que les echa en cara su pánico ancestral ante lo que es el germen de la vida, los paraliza . . . No, monseñor, Roma no es prudente, Roma es cobarde. *Abatiéndose*: Cobarde como yo lo soy ahora . . . Discúlpeme, es el miedo el que dicta mis palabras. Tengo miedo de mis jueces, del proceso, de mi futuro.

OBISPO.— Cristo lo tuvo ante el calvario.

PRIOR.— Y lo crucificaron.

OBISPO.— Pero resucitó. No lo olvide, padre, Cristo resucitó..

Sale el Obispo. El Coro de monjes aparece al fondo.

SOLISTA DEL CORO DE MONJES.— (*En gregoriano*). Hermanos, os doy a conocer la buena noticia: Cristo murió por nuestros pecados, según las escrituras, y fue sepultado y resucitó al tercer día. Y si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe. Lo que tú siembras no llegará a tener vida si no muere, y al sembrar no es el cuerpo venidero lo que siembras, sino un grano desnudo. Así también es la resurrección de los muertos; se siembra en deshonor, y resucita en gloria; se siembra en debilidad, y resucita en fuerza; se siembra un cuerpo natural, y resucita un cuerpo espiritual . . . Palabras de Pablo.

Entra el Analista. Va hacia el Prior.

ANALISTA.— *advirtiendo el abatimiento del Prior* ¿Es en verdad tan decisivo para usted ese proceso?

PRIOR.— De su veredicto dependen mi paz y mi futuro.

ANALISTA.— Mentira, su paz y su futuro dependen únicamente de usted. A menos que durante todo este tiempo, desde el principio, lo que haya estado buscando sea el aplauso de su Iglesia.

PRIOR.— No.

ANALISTA.— El título de innovador, el nombre de iluminado.

PRIOR.— No.

ANALISTA.— O de mártir, que con mucha frecuencia resulta más atractivo . . . El Galileo del psicoanálisis, el gran visionario incomprendido por su tiempo.

PRIOR.— Jamás he buscado glorias ni martirios. Buscaba una solución, un remedio, un camino limpio para mis monjes.

ANALISTA.— ¿Está seguro de que solamente eso buscaba?

PRIOR.— Usted menos que nadie puede ponerlo en duda.

ANALISTA.— Yo acostumbro ponerlo todo en duda, padre, empezando por su fe, por su Cristo, por su Iglesia, y también por su magia.

PRIOR.— Contra esa magia nada puede. Yo mismo nada podría aunque intentara destruirla . . . Ahora sé que mientras más busco, más encuentro; cuanto más indago, más descubro; mientras más paredes derribo, más sólida es la casa que levanto. La verdadera magia se halla escondida en el fondo

de la magia.

ANALISTA.— Eso es muy discutible.

PRIOR.— No para quien busca a Cristo.

ANALISTA.— Todo el que busca corre el riesgo de encontrar nada al final del camino.

PRIOR.— Cuando lo que se busca existe por sí mismo, independientemente de quien busca, no hay ningún riesgo. Esa es mi fe.

ANALISTA.— Posiblemente una fe errónea.

PRIOR.— Ninguna fe es errónea.

ANALISTA.— Algunos la pierden.

PRIOR.— Al que nada tiene, nada se le puede quitar. Usted lo sabe.

ANALISTA.— *(Señalando a los monjes)*. ¿Ellos también lo saben? No parecen muy convencidos de sus malabarismos, padre . . . Mírelos.

El Analista sale. El Prior se vuelve hacia el Coro de monjes, que se ha ido aproximando. Lo examina atentamente con la mirada. Después de un largo silencio, un monje se desprende titubeante del Coro.

PRIOR.— Si quieren decir algo, si tienen algún problema que plantear hablen, los escucho. Para eso estoy aquí. *(Al monje que avanza:)* Sí, habla. No tengas miedo.

MONJE.— *(Titubeante)*. He perdido la fe, padre.

PRIOR.— *(Sonriendo paternal)*. Tonterías, la fe no se pierde como se pierde un pañuelo.

MONJE.— *(Alzando cada vez más la voz)*. He perdido la fe.

PRIOR.— Cálmate. Atraviesas por una etapa que todos debemos sufrir y que sufrimos en algún momento. Una etapa muy importante de purificación.

nes casa y quieres quedarte en la mía . . . En mi casa, ¡pero si es una buena noticia! Conmigo, ¡pero si eso me llena de alegría! ¿Conmigo, en mi casa, tal como es?, ¿en medio de la multitud, en medio de mis amigos, en medio de mis hermanos y hermanas? ¿En mi casa donde se trabaja y se juega, en mi casa donde uno pasea y va al cine, en mi casa donde se come buen pan, donde se bebe buen vino? ¿En mi casa donde la gente se ama y tiene hijos? En mi casa, ¿es ahí donde te quedas? ¿es ahí donde te veré? . . . Sí, espera un momento: ahora mismo bajo y te recibo.

CORO DE CATOLICOS.— *(Fuera de escena. Como un murmullo, sin que alcancen a distinguirse las palabras)*. Soberbio. Blasfemo. Rebelde. Necio. Hereje . . . Soberbio. Blasfemo. Rebelde. Necio. Hereje.

PRIOR.— Escucho ruido ¿Serán los gritos de bienvenida de la multitud? ¿de mis amigos, de mis hermanos y hermanas?

CORO DE CATOLICOS.— *(Más fuerte con mayor claridad)*. Soberbio. Blasfemo. Rebelde. Necio. Hereje . . . Soberbio. Blasfemo. Rebelde. Necio. Hereje.

PRIOR.— No, es un ruido de voces irritadas. La multitud murmura. Contra quién. ¿Será contra ti porque vas a hospedarte conmigo, con un pecador? ¿Es pecador el monje que baja de su montaña, que se mezcla de nuevo con la muchedumbre? ¿Será contra mí? ¿Qué he hecho? Te buscaba, oí tu voz y bajé, es verdad; pero estoy dispuesto a dar la mitad de mis bienes a los pobres. A todos estos fariseos que murmuran estoy dispuesto a darles la mitad de lo que soy, estoy dispuesto a amarlos.

Durante el parlamento, las voces del Coro de católicos han repetido el estribillo en tono ascendente. El Coro entra en escena, en actitud agresiva.

CORO DE CATOLICOS.— ¡Ha vendido el monasterio al enemigo! ¡Le ha abierto las puertas de su casa! ¡Le ha convidado de su pan! ¡Ha compartido su lecho! ¡Ha escandalizado a su pueblo! ¡Ha desobedecido a su Iglesia!

PRIOR.— Mentira, no he desobedecido. ¡Puedo demostrarlo!

CORO DE CATOLICOS.— Su negro expediente se halla en Roma.

PRIOR.— Tengo derecho a defenderme.

CORO DE CATOLICOS.— Graves son los cargos. Fraude. Perversión. Herejía. Blasfemia. Engaño. Escándalo.

PRIOR.— ¡Tengo derecho a defenderme!

CORO DE CATOLICOS.— *(Tronante)*. Que empiece el proceso. Que empiece el proceso. Que empiece el proceso.

PRIOR.— *(Gritando, para hacer oír su voz entre el clamor ininterrumpido del Coro)*. ¡Tengo derecho a defenderme! ¡Tengo derecho a buscar! ¡Tengo derecho a equivocarme!

Oscuro.

ACTO SEGUNDO

Al fondo del escenario se desarrolla una asamblea del Concilio Vaticano II. De los asambleístas, sólo son visibles tres cardenales: los tres jueces del Prior. En la zona del monasterio se encuentra presente el Coro de católicos mirando hacia los cardenales y el Obispo. Este habla ante la asamblea. Su voz comienza a escucharse antes de que se ilumine el escenario.

OBISPO.— Es inexacto hablar del ateísmo como de una actitud del mundo moderno. Sería más exacto hablar de un modo nuevo de presentar el problema de Dios. De donde sería preciso preguntarse primero, ¿qué es el hombre? Y la respuesta debería ser buscada en una interpretación personalista.

La luz invade la plataforma donde se desarrolla la asamblea.

Por no formular sistemáticamente esta pregunta, el texto conciliar ha silenciado el problema propio del hombre moderno que atañe profundamente al psicoanálisis.

CORO DE CATOLICOS.— *(Murmuran la pala-*

bra como si fuera prohibida). El psicoanálisis, el psicoanálisis, el psicoanálisis.

OBISPO.— Es preciso considerar el descubrimiento genial de Freud a la altura de los descubrimientos de Galileo y Darwin. El inconsciente ha tomado su lugar en la vida del hombre moderno y es preciso tenerlo en cuenta.

CORO DE CATOLICOS.— *(Murmurantes).* Ha llamado genial a Freud. Ha llamado genial a Darwin. Freud es ateo. Freud es el sexo.

OBISPO.— No me explico el silencio del Concilio ante el psicoanálisis. El psicoanálisis se presenta ante nosotros como una auténtica ciencia, con su objeto, su método y su propia teoría. Esta ciencia no está aún completamente madura, y no está desprovista de peligro —lo cual es preciso tener en cuenta—, pero no podemos por esta sola razón ignorar la revolución psicoanalítica, que no es menos importante que la revolución técnica. . . . El discurso analítico forma parte de la cultura humana, impone una renovación del concepto del hombre y suscita problemas que antes ni siquiera se sospechaban. La Iglesia, a causa del dogmatismo anticristiano de determinados analistas, ha tomado una posición que recuerda el caso de Galileo; pero no existe ni un solo campo de la tarea pastoral en el que no haya que tener en cuenta al psicoanálisis. . . . Las intervenciones de la Iglesia, demasiado impregnadas de desconfianza, no han ejercido hasta hoy la más mínima influencia sobre aquellos que se ocupan de esta ciencia. *(Pausa)* No faltan católicos que se entregan a la ilusión de un psicoanálisis cristiano o católico, cuando a la verdadera ciencia no se le puede pegar ninguna etiqueta, sea cristiana o no cristiana. . . . Por consiguiente, si

la Iglesia desea entablar un diálogo sincero y leal con el hombre actual, no debe ignorar a los analistas auténticos, a quienes ha de acudir directamente y no a través de la moral o la teología. De ello se derivaría un gran bien, porque esta ciencia posee una virtud capaz de ayudar considerablemente a los hombres cuya fe está mezclada con desviaciones psicológicas que la pervierten o la inhiben.

CORO DE CATOLICOS.— *(Que durante el parlamento no ha dejado de murmurar protestas inaudibles; exaltándose ahora)*. Falso, mentira. Alerta. No sabe lo que dice. Miente. Delira. Es víctima del Prior. ¡Habla para defenderlo! ¡Solo para defenderlo! ¡Alerta! ¡Cuidado! ¡Peligra la fe!

CARDENAL 1.— ¿Habla así porque está convencido de lo que dice, o porque se lo han dicho otros?

CARDENAL 2.— ¿Porque se lo ha dicho el Prior del monasterio?

CARDENAL 3.— ¿Le ha dictado él este discurso?

OBISPO.— Si no estuviera vivamente convencido de la importancia que empieza a adquirir el psicoanálisis, no hablaría de él.

CARDENAL 1.— Que empieza a adquirir, usted lo ha dicho.

OBISPO.— El psicoanálisis existe. Es una realidad. La Iglesia debe abordarlo.

CARDENAL 2.— También la alquimia existía en la Edad Media.

CARDENAL 3.— La Iglesia no puede avalar lo que aún no pasa de ser una experiencia.

OBISPO.— La Iglesia debe impulsar las experiencias, fomentarlas, y comprender con alegría las aventuras que emprenden sus hijos para descubrir

la verdad.

CARDENAL 1.— ¿La aventura de ese Prior, por ejemplo?

CARDENAL 2.— Su gran amigo.

OBISPO.— Sí, la aventura de ese Prior, mi gran amigo.

CARDENAL 3.— Amicus Plato, sed magis amica veritas.

CARDENAL 2.— O para usted, que no le gusta el latín: Platón es mi amigo, pero más amiga es la verdad.

OBISPO.— El busca la verdad.

CARDENAL 1.— La Iglesia posee la verdad.

OBISPO.— No toda la verdad. Ni siquiera conoce toda la verdad revelada.

CARDENAL 3.— El Espíritu Santo asiste y sopla continuamente sobre el trono de San Pedro.

OBISPO.— ¡El Espíritu sopla donde se le antoja!

CARDENAL 2.— Tenga cuidado, monseñor. Tenga mucho cuidado. No permita que una amistad ciega lo impulse a desvirtuar los fines del Concilio . . . Si monseñor lo permite, quisiéramos expresar nuestra opinión sobre su discurso.

CARDENAL 3.— El Prior se ha valido de usted para defender una causa personal que muy poco tiene que ver con las constituciones conciliares, con el aggiornamento de la Iglesia.

CARDENAL 1.— Al Prior sólo le importa su proceso.

CARDENAL 2.— La maniobra es evidente. Si a través de usted, aprovechando la simpatía y el celo pastoral que monseñor le ha dispensado siempre, el Prior lograba infiltrar sus ideas sobre el psicoanálisis en la asamblea conciliar y obtener una reacción favorable, su proceso quedaría auto-

máticamente resuelto.

CARDENAL 3.— El tribunal ya no podría condenarlo.

CARDENAL 2.— Se aprobaría su experiencia.

CARDENAL 1.— Se impulsarían experiencias similares en el seno de otras congregaciones religiosas.

CARDENAL 3.— El pensamiento de Freud entraría a formar parte del pensamiento moral de la Iglesia.

OBISPO.— *(Exaltándose)*. ¡Y eso es lo que ustedes no pueden tolerar; eso es lo que tanto les repugna! . . . Ni siquiera lo discuten o examinan a fondo, niegan a priori la validez del psicoanálisis porque temen que encienda la luz de su castillo de fantasmas. Ante todo y sobre todo el Prior debe ser condenado. No hay más . . . Admitamos, si así les parece, que él se valió de mí, que de un modo u otro él me dictó ese discurso. ¿Invalida eso su contenido? ¿Niega la importancia del psicoanálisis? *Pausa*. Tomen por un momento el lugar del Prior y traten, cristianamente, de comprender su lucha. El siente que su monasterio se derrumba. Que la vida monacal se ha contaminado de perturbaciones psicológicas, y que más que buscar a Dios sus hermanos huyen de él, ocultan la cabeza para no enfrentar su realidad religiosa. Aquello no es más un monasterio, es una casa de salud. El Prior no se cruza de brazos, no huye, no cierra los ojos. Busca una solución y la encuentra en el psicoanálisis. La Iglesia lo mira con desconfianza ateniéndose a infundados y anacrónicos temores, y trata de frenar la experiencia. Pero el Prior no puede detenerse; ha sembrado un grano, y frenar de golpe su crecimiento, abortar el fruto, equivaldría

para él a cometer un crimen. Recurre entonces a todas las estrategias legales a que tiene derecho. Solicita mi confianza y yo se la entrego libre y voluntariamente porque reconozco su derecho y porque creo en él. Y me sería muy difícil dejar de creer en un hombre que lucha por continuar su búsqueda dentro de la Iglesia, compréndanlo: siempre dentro de la Iglesia.

CARDENAL 1.— El aprendió desde pequeño que fuera de la Iglesia no hay salvación.

CARDENAL 2.— Según lo que monseñor ha dicho, se podría pensar que es el Prior quien hace un favor a la Iglesia al ofrecerle el psicoanálisis.

OBISPO.— Piénselo así. No me ha entendido mal del todo.

CARDENAL 3.— Pero se podría pensar también —insisto— que en realidad no interesa a monseñor defender al psicoanálisis, sino defender al Prior.

OBISPO.— Salvando a un hombre se salvan sus ideas.

CARDENAL 1.— Y se condenan, condenándolo.

CARDENAL 2.— Difícilmente se salvará el Prior. Ha incurrido nuevamente en desobediencia. Se le prohibió regresar al monasterio, y ha regresado.

El Cardenal 2 señala hacia un extremo del escenario por donde aparece el Prior. Viste con ornamentos de celebrante y se encamina hacia el escritorio-altar en el que todo está dispuesto para la misa. Un grupo de monjes se congrega en torno. Mientras la oscuridad borra a los cardenales y al Obispo, el Coro de católicos, que permanece en escena, murmura alertado:

CORO DE CATOLICOS.— Regresa, regresa. El

Prior regresa al monasterio. Ha desobedecido nuevamente a Roma. Ha huido de sus jueces. Sorprendió al Obispo, pero no sorprendió al Concilio. Menos a su tribunal. El proceso se retarda. El escándalo cunde . . . Recemos por él.

PRIOR.— *(Frente al altar)*. Gloria a ti, Padre, por tu Hijo, en el Espíritu Santo.

CORO DE MONJES.— Ahora y para siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

PRIOR.— Subiré al altar de Dios.

CORO DE MONJES.— Del Dios que es la alegría de mi juventud.

PRIOR.— Júzgame tú, oh Dios, y defiende mi causa de la gente malvada. Líbrame del hombre inicuo y engañador.

CORO DE MONJES.— Pues tú eres, oh Dios, mi fortaleza; ¿por qué me has desechado, y por qué he de andar triste mientras me aflige el enemigo?

PRIOR.— Envíame tu luz y tu verdad. Ellas me han conducido a tu monte santo y a tus tabernáculos.

CORO DE MONJES.— Y me acercaré al altar de Dios. Del Dios que es la alegría de mi juventud.

Mientras el Prior inicia, de cara a los espectadores, la celebración de la misa (celebración que no se interrumpe durante toda la siguiente secuencia, y que se lleva a efecto de acuerdo con la liturgia que se practicaba a fines del Concilio Vaticano II) el Coro de periodistas entra en escena. Entra también el Analista.

CORO DE PERIODISTAS.— Ha regresado. Ha regresado. Ha regresado el Prior. Queremos saber.

Queremos informar. Que hable el Analista. Que hable. Que diga. Que opine. Que declare.

Corren hasta el Analista. Lo cercan, casi lo aprehenden.

ANALISTA.— Nada tengo que opinar. Las decisiones de Roma no me atañen. Estoy al margen de sus leyes.

REPORTERO.— Pero los monjes no.

OTRO REPORTERO.— ¿Es verdad que es ateo?

ANALISTA.— Soy psicoanalista.

REPORTERO.— No es católico.

ANALISTA.— Soy psicoanalista.

REPORTERO.— ¿Puede un no-católico entender problemas de monjes?

ANALISTA.— Los problemas de los monjes son problemas humanos.

REPORTERO.— Problema de fe.

ANALISTA.— Problemas humanos con expresión religiosa. Problemas de amor y de odio. *(Señalando a los distintos reporteros:)* Como los suyos, como los suyos, como los suyos . . .

REPORTERO.— ¿Por qué prohíbe Roma el psicoanálisis?

ANALISTA.— No me interesan las prohibiciones de Roma.

REPORTERO.— ¿Porque destruye la vocación?

OTRO REPORTERO.— ¿Porque libera el sexo?

OTRO REPORTERO.— ¿Es cierto que usted está vaciando el monasterio?

OTRO REPORTERO.— ¿Es cierto que tolera el homosexualismo?

OTRO REPORTERO.— ¿Es cierto que envía a los monjes al prostíbulo?

OTRO REPORTERO.— ¿Es cierto que combate su fe?

ANALISTA.— Les hago abrir los ojos. Los enfrento a ellos mismos.

REPORTERO.— Les impone una visión materialista.

OTRO REPORTERO.— Ha reemplazado su fe en Dios por una fe romántica en el hombre.

ANALISTA.— El que no tiene fe en el hombre, no puede tener fe en ningún Dios.

REPORTERO.— Usted no tiene Dios.

ANALISTA.— Me basta con el hombre. Con el hombre que rebasa infinitamente al hombre cuando logra sacudirse los fantasmas y liberarse de sus demonios. Yo no creo en la divinidad de Cristo, pero soy más cristiano que usted y que aquéllos.

El Analista señala hacia el Coro de católicos. Los periodistas corren hacia ellos disparando cámaras.

CORO DE CATOLICOS.— No lo interroguen. Es un demonio. Es un ateo. Es un marxista. Acabará con ustedes como acabó con el Prior. Destruyó a los monjes. Sopló sobre ellos la vieja tentación de la Biblia: seréis como dioses, seréis como dioses. Les dio a probar la fruta del árbol prohibido. La ciencia del mal. Exaltó su orgullo. Despertó sus bajos instintos. Shhhhh. Silencio, silencio. Es tema pohibido.

CORO DE PERIODISTAS.— ¡Queremos saber!

CORO DE CATOLICOS.— Ya se sabe demasiado.

CORO DE PERIODISTAS.— Nada se sabe aún sobre la decisión de Roma.

CORO DE CATOLICOS.— Jamás publicará Roma toda la verdad. La mantiene en secreto. La guarda bajo llave.

CORO DE PERIODISTAS.— Todos saben que ha prohibido el psicoanálisis.

CORO DE CATOLICOS.— No es sólo el psicoanálisis. También lo que hay detrás del psicoanálisis. Y aún más, y aún más. Shhhh, silencio. No publiquen nada. No escandalicen al pueblo. No interroguen al diablo.

Por el extremo opuesto al Coro de católicos entra el Coro de psicoanalistas. Algunos reporteros y fotógrafos corren hacia él. El Prior continúa con su misa.

CORO DE PSICOANALISTAS.— No es el diablo, señores. Es un charlatán que ha confundido los términos científicos y se ha lanzado a una experiencia absurda. Un inepto. Un incapaz superlativo.

ANALISTA.— ¿Qué murmuran a mis espaldas?

CORO DE PSICOANALISTAS.— ¡De frente te acusamos!

ANALISTA.— De nada tienen que acusarme. He trabajado para la ciencia.

CORO DE PSICOANALISTAS.— Has trabajado para tu propia vanidad.

CORO DE CATOLICOS.— Ha trabajado para el diablo.

CORO DE PSICOANALISTAS.— Has vendido tu profesión por un plato de hostias.

CORO DE CATOLICOS.— Es un emisario del demonio.

CORO DE PSICOANALISTAS.— Es un ingenuo.

ANALISTA.— Soy un profesional. La envidia los irrita. He empleado las técnicas más sólidas y cumplido la teoría más ortodoxa. Examinen a fondo mi trabajo. Nada hallarán de censurable.

CORO DE PSICOANALISTAS.— El punto de partida es, por sí mismo, censurable. En el principio está el error. ¡Analizar a una comunidad de monjes!

ANALISTA.— Soy un innovador. Descubrí un nuevo campo de experiencia que abre caminos infinitos. Nadie se había atrevido. Soy el primero en explorar la psique de toda una congregación de religiosos; el precursor en el estudio científico de la fe.

CORO DE PSICOANALISTAS.— Eres un desertor.

ANALISTA.— Mentira. Jamás he pretendido separarme del grupo. Estoy con ustedes.

CORO DE PSICOANALISTAS.— No te queremos con nosotros. Lárgate. Vete con tus monjes, convéncelos a ellos. Nos estorbas. Nos denigras. Nos obstruyes el trabajo. ¡Lárgate! . . . ¡Lárgate!

Expulsado por el Coro de psicoanalistas, y por primera vez asustado, el Analista retrocede. Llega sin advertirlo hasta el Coro de católicos.

CORO DE CATOLICOS.— ¡Fuera! . . . Fuera de aquí, emisario de las tinieblas, enemigo de Dios, heraldo del demonio.

Los gritos de ¡fuera! y ¡largol! provenientes de uno y otro coro parecen arrojar al Analista hasta el altar donde el Prior continúa abstraído en su misa. El Prior no presta la menor atención al Analista.

ANALISTA.— (*Angustiado*). ¿Ha oído, padre? Me rechazan, me insultan, se niegan a escucharme. Dígales que están equivocados. Explíqueles que he obrado con todo rigor científico sin hacer ningún género de concesiones . . . Padre, atiéndame, esto es muy importante. ¡Atiéndame! Usted me debe mucho a mí; yo salvé su comunidad, recuerde. Recuerde lo que era antes: una cueva de leprosos: . . . Es muy importante que nuestra experiencia sea reconocida por ellos, Padre, padre. . . .

Derrotado, el Analista abandona el altar. Trata de ir hacia el Coro de psicoanalistas, pero se detiene a medio camino. Se repliega.

CORO DE PSICOANALISTAS.— (*Señalando al Analista*). He ahí la víctima del Prior.

CORO DE CATOLICOS.— (*Señalando al Prior*). He ahí la víctima del científico.

Del Coro de psicoanalistas se desprende uno de sus miembros. Impone silencio, orden.

PSICOANALISTAS.— (*En tono oratorio*). Serenidad, señores; no nos dejemos llevar por nuestros impulsos agresivos y analicemos el caso con el rigor que merece. *Pausa* Estamos ante dos mentes paranoicas trabadas en una fatídica simbiosis . . . Nuestro colega, un analista de limitados alcances, pero ambicioso cual ninguno, anhela inscribir su nombre en la historia de la ciencia con alguna proeza capital. De manera semejante, el Prior del monasterio sueña en convertirse en un revolucionario del pensamiento religioso, en un nuevo gigante de la Iglesia. El azar permite que ambos prototipos de

la vanidad exaltada, del narcisismo superlativo, se encuentren y se comuniquen —siempre al nivel de lo inconsciente— sus mutuos y desordenados sentimientos de genialidad. Estalla así la simbiosis, y de inmediato la gloria de uno se hace dependiente de la gloria del otro. Pero no sólo el frenesí de gloria, también, y sobre todo, la propia seguridad, el propio equilibrio psíquico. A uno le importa brillar y sustentarse en el campo de la religión, al otro en el del psicoanálisis. Y los dos campos se convierten entonces en los platillos de una balanza que exige equilibrio perfecto . . . Uno tolera y se vale del psicoanálisis para exaltar su delirio religioso. El otro tolera y se aprovecha de la religión para exaltar su delirio científico. Entiéndase bien: no lo hacen por la ciencia ni por la religión; lo hacen por su propia gloria, por su propia enfermiza vanidad . . . Muchas gracias.

El Coro de psicoanalistas y algunos miembros del Coro de católicos aplauden. Entretanto, durante el parlamento del Psicoanalista del Coro, el Analista ha estado comentando en voz baja con algunos de los monjes que asisten a la misa. Tres de ellos terminan avanzando hacia el Coro de católicos.

CORO DE CATOLICOS.— Así es, así es. Y las únicas víctimas son los monjes. Los corderos del sacrificio. Han perdido la salud del cuerpo y la salud del alma. Han perdido la fe y la cordura.

SACERDOTE DEL CORO.— El que pierde la fe, lo pierde todo.

CORO DE CATOLICOS.— El que pierde la fe lo pierde todo.

MONJE 1.— No hemos perdido la fe. Si usted piensa que un medio humano, como el psicoanálisis, hace perder la fe, es que usted considera que la fe es puramente humana. Es que usted no tiene fe.

MONJE 2.— Someterse al análisis es mostrar que se cree en la fe. Es un desafío por amor a la verdad, pero también el mejor homenaje que un hombre puede rendir a Dios, que es la fuente de la fe.

MONJE 3.— Cuando escojo la vida religiosa para servir a Dios y al prójimo con amor verdadero, lo hago con sinceridad. Pero ¿cuál es la calidad de ese amor verdadero? ¿Qué motivaciones más o menos impuras vienen a mezclarse con esa purísima intención? Se puede haber escogido el celibato por amor a Dios, pero también por miedo a la mujer, por huir de las responsabilidades familiares o por un deseo de permanecer fiel al amor de la madre. Se puede desear la obediencia porque evita tomar decisiones personales. Se puede soñar con la pobreza evangélica por odio a los ricos, o por masoquismo. Quiero ser verdaderamente sincero. Quiero poner toda la verdad posible en mi vida. Si el análisis me ofrece un medio para conseguirlo, sería desleal conmigo mismo y con Dios rechazarlo, a pesar de todas las dificultades y de todos los sacrificios que el análisis suponga.

CORO DE CATOLICOS.— Son las víctimas. Los corderos inmolados. Hablan con frases ajenas. Repiten una lección aprendida de memoria. Son esclavos de una idea. Son víctimas. Son las víctimas del Prior y del científico.

CORO DE PSICOANALISTAS.— Repulsión pública al Analista.

CORO DE CATOLICOS.— Excomunió al Prior.

CORO DE PSICOANALISTAS.— Repulsión. Repulsión. Repulsión . . .

CORO DE CATOLICOS.— Excomuni6n. Excomuni6n. Excomuni6n . . .

SACERDOTE DEL CORO.— No, shhhh, silencio. No debemos anticiparnos a la decisi6n de Roma. El tribunal lo juzgará. Aguardemos confiados la voluntad de Dios y recemos por su alma.

CORO DE CATOLICOS.— Recemos por su alma.

ANALISTA.— (*Regresando hacia el Prior*). Resp6ndales, no se quede callado. Resp6ndales: Ninguno de ellos puede hacerle da1o. Somos m1s fuertes. Tenemos la raz6n, tenemos la verdad de nuestra parte.

En la celebraci6n de la misa, el Prior ha llegado al final del canon. Su voz irrumpe al fin, sonora.

PRIOR.— (*Elevando c1liz y hostia*). Por 6l mismo, y con 6l mismo, y en 6l mismo, a ti Dios padre todopoderoso, en unidad del Esp1ritu, te sea dada toda honra y gloria, por los siglos de los siglos.

CORO DE MONJES.— Am6n.

PRIOR.— Amonestados con preceptos saludables, e informados por la ense1anza divina nos atrevemos a decir: Padre nuestro que est1s en el cielo. Santificado sea tu nombre, Venga a nosotros tu reino. H1gase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada d1a, y perd6nanos *Pausa. Eleva la voz.* Perd6nanos como nosotros te perdonamos a ti . . . Padre, yo te perdono de que tus estrellas se apaguen. Padre, yo te perdono de que tu tierra no est6 en paz, y tiemble, y pierda la cordura. Padre, yo te perdono

por tu rosa que se marchita. Padre, yo te perdono por tu ruise1or que se fatiga. Padre, yo te perdono por la ausencia de mis padres, que no est1n m1s aqu1 a ellos tambi6n los perdono . . . Padre, yo te perdono por haberme engendrado con violencia, sin haberme podido rehusar, y porque ahora acepto la vida que me das, me la arrebatas. Padre, yo te perdono todo el mal que siento que me haces, y de ahora en adelante, cuando rece mi Padrenuestro, te dir6 con todo mi amor: perdona mis ofensas como yo perdono las tuyas.

CORO DE CATOLICOS.— ¡Ha blasfemado!

CORO DE PSICOANALISTAS.— ¡Esta loco!

CORO DE CATOLICOS.— ¡Ha blasfemado!

Oscuro total. Pocos segundos despu6s, se ilumina la plataforma posterior del escenario donde se encuentran los tres cardenales. Vestido nuevamente con 6l h1bito, el Prior entra y comparece ante ellos.

CARDENAL 1.— Hoy, en la fiesta de san Venancio m1rtir, obispo de Dalmacia que padeci6 en tiempo de Decio hacia el a1o 250 de nuestra era cristiana, la comisi6n cardenalicia nombrada por nuestro Santo Padre para juzgar el caso del Prior del monasterio, emite su veredicto.

CARDENAL 2.— Justicia y caridad para el hermano.

CARDENAL 3.— Bajo pena de suspensi6n *a divinis ipso facto* el Prior no deber1 sostener, en p1blico ni en privado, la teor1a y la pr1ctica psicoanal1tica que 6l mismo reconoce como psicoan1lisis propiamente dicho, en sentido estricto.

CARDENAL 1.— El Prior no deber1 exigir, ni

siquiera sugerir a los candidatos a la vida monástica, una formación psicoanalítica.

CARDENAL 2.— El Prior deberá utilizar el sentido propio de los términos y mostrar la mayor prudencia en el enunciado de los principios morales y teológicos.

CARDENAL 3.— Por haber regresado al monasterio a pesar de la prohibición de la congregación de religiosos, el Prior deberá purgar una pena simbólica de ocho días de suspensión a divinis ipso facto, con ejercicio espiritual, en la abadía de San Jerónimo.

CARDENAL 2.— Justicia y caridad para el hermano.

CARDENAL 3.— Vete hijo mío, y no peques más.

Los cardenales se retiran. El Prior permanece en el estrado, convertido en la abadía. Ahí realiza su meditación.

PRIOR.— Comprendo ya, Jesús. Tú no tienes casa aquí, sobre la tierra. Solo tienes las casas de los hombres. Poco te interesa cómo es mi casa: que sea la de abajo o la de arriba, en medio de la muchedumbre o lejos de la multitud, allá donde se canta o donde se calla, allá donde hay niños o ahí donde sólo hay un padre. Poco te importa todo eso. Sólo una cosa te importa, Jesús, que sea mi casa: la casa donde yo pueda crecer, la casa donde pueda florecer, la casa donde pueda ser más yo mismo, la casa donde pueda vivir. Debo escoger bien mi casa porque también será la tuya. Porque tú eres el hijo del hombre y tienes tu casa en todas las casas de los hijos del hombre . . . Pero

si canto en todos los tonos, en los ocho tonos gregorianos, de la mañana a la noche, desde vigiliias hasta completas: ¡ésta es la casa del Señor!; ¡ésta es la casa del Señor!, y yo no estoy ahí, si mi espíritu se halla en otra parte, si pasea por la casa de mi prójimo envidiando su lecho y su mujer, su pan y su vino, su trabajo y su descanso, entonces me equivoco, no estoy en la casa del Señor, estoy en una cueva de ladrones. Si en la casa en que habito me atrevo a escribir: casa de Dios, monasterio, y me imagino que automáticamente entras en ella y te quedas conmigo, me equivoco, Jesús: los demonios también escribieron sobre su casa: casa de Dios, y tú nunca te engañas . . . Sí, bajaré pronto del sicomoro porque hoy vas a quedarte conmigo. Bajaré de las nubes a donde me lleva la imaginación, bajaré del cielo en donde pretendo volar, bajaré de la nada donde me refugio para no tener que vivir mi vida. Bajo ya, Jesús. Tú no eres un loco, tú no vuelas como los pájaros ni anidas en los sicomoros; tú eres todo, y ese todo no deja lugar donde puedas refugiarte para no vivir tu vida. Tienes los dos pies sobre la tierra, Jesús. Y yo pondré mis huellas en tus huellas y me dejaré conducir a tu casa. Ya la conozco, es la mía, es mi propia casa.

El Prior desciende de la plataforma y regresa a la parte baja del escenario. Recorre las áreas y celdas del monasterio donde no encuentra a nadie. Entra el Analista. Mientras éste habla, el Prior no suspende su recorrido.

ANALISTA.— Nuestro show ha terminado, padre. Llegó el momento de levantar la carpa y salir de aquí . . . Ellos terminaron venciendo. Lo

llegué a presentir, pero aún tenía la esperanza de que ocurriera algo inesperado, un hecho providencial de éstos en los que usted cree. Pero no, lógico, nada ocurrió. Han cortado de tajo nuestra hermosa experiencia. Este es el fracaso total.

PRIOR.— *(Se detiene, va hacia el Analista).* Desde muy joven solía decir que en los hombres, en las almas, el fracaso es como el invierno sobre los campos: prepara siempre una nueva primavera.

ANALISTA.— No veo qué primavera pueda suceder a esta sentencia. ¿La primavera es la suspensión a *divinis ipso facto*?

PRIOR.— ¡Latinajos! Nadie puede renunciar a sus principios ni a sus convicciones porque traicionaría a la verdad. Y es mi verdad la que me obliga a seguir adelante.

ANALISTA.— Entonces, ¿suspensión automática de todos sus derechos como clérigo! Excomunión quizá . . . No, no creo que eso pudiera soportarlo usted. Aún sigue prendido al cordón umbilical de su madre Iglesia. Para romperlo . . .

PRIOR.— *(Interrumpiendo).* ¡No se trata de romper! ¡La herejía no cabe en un hombre como yo! Se trata de superar ciertas fórmulas accidentales de nuestro tiempo, y encontrar nuevas fórmulas que nos permitan actuar conforme al Espíritu. Obedecer la médula del mandato, no su cáscara. Ser fieles al llamado ecuménico del Papa bueno.

ANALISTA.— Quien no está conmigo está contra mí, dijo Cristo.

PRIOR.— Para seguir con él, con él y con su Iglesia, debo sostenerme firme en mis principios . . . Ahora todo está claro para mí, completamente claro. No se llega a la solución de una nueva fórmula aplicando sistemas antiguos . . . Se

nos ha dicho: cristianos: dialoguen con todos los hombres, de todos los pueblos, de todas las razas, de todos los credos. Ahora yo digo: hermanos, amigos, monjes, no dialoguemos simplemente con palabras: vivamos en diálogo con todos los hombres, de todos los pueblos, de todos los credos . . .

Se vuelve hacia las celdas, actúa conforme a lo que dice: Esa será la vida de mi casa . . . ¡Fuera hábitos! ¡Fuera imágenes! ¡Fuera cánticos! ¡Fuera costumbres! . . . Mi casa no tendrá título alguno, no será más un monasterio. Cristo vendrá a hospedarse en ella, y Cristo no necesita de cristos. Abramos las puertas a los hijos de todos los hombres, porque el hijo de todos los hombres ha llamado a nuestra casa. *(va de un lado a otro del escenario, buscando a los monjes:)* ¡Hermanos . . . ¡Hermanos, he regresado ya! Les traigo una buena noticia. Cristo resucitado viene para hospedarse aquí... ¡Hermanos!

ANALISTA.— Tal vez se han ido todos. Probablemente adivinaron o conocían ya sus intenciones, y les faltó valor para dar con usted un salto tan grande.

PRIOR.— No es posible. *(Llamando:)* ¡Hermanos . . . hermanos, hijos!

ANALISTA.— Eso lo echaría todo a perder, ¿no es verdad? Sin ellos, usted y yo haríamos un papel estúpido. Usted, sobre todo. Yo me regreso a mi mundo y tarde o temprano terminaré olvidando la aventura. Lo que pierdo es, después de todo, menos de lo que pierde usted . . . Son ellos quienes le dan la fuerza.

PRIOR.— ¡Ellos la reciben de mí! *(Pausa).* No necesito de nadie. Yo solo construí esta casa, y yo solo puedo volver a levantarla desde sus cimientos.

Al fondo del escenario, se anuncia el Coro de monjes. Permanece atrás

PRIOR.— ¡Ahí están! *(Avanza hacia ellos)*. Hermanos . . . *(Se detiene en seco, a medio camino)*.

ANALISTA.— ¿Por qué vacila? ¿Teme ahora que no estén de acuerdo con una decisión que usted tomó sin consultarla con ellos?

PRIOR.— *(Al Analista)*. A nadie le exigiré nada... *(Avanza decidido hacia el Coro de monjes. También los monjes avanzan a su encuentro, pero indecisos)*. Hermanos. Hermanos, hijos míos . . . *(Se detiene, los mira largamente)*. A nadie le exigiré que me siga.

A nadie le exigiré que renuncie a sus votos. Son libres para actuar como mejor les dicte su conciencia. Yo les he dado la libertad.

ANALISTA.— *(Aproximándose al Prior)*. Recuerde que aún le llaman padre.

PRIOR.— Muchos otros también me llamaban padre, y se fueron.

ANALISTA.— Probablemente a éstos le ha faltado valor.

PRIOR.— Para seguirme es para lo que se necesita valor.

ANALISTA.— No cuando la voluntad se ha puesto en manos ajenas. En las de usted o en las mías, es lo mismo.

PRIOR.— ¡Miente, son libres! El análisis los ha hecho libres.

ANALISTA.— Olvide el orgullo y acepte su propia responsabilidad. Acepte la obligación de decidir por ellos. Es lo que ellos están aguardando de usted

PRIOR.— De nada habrían servido entonces estos años.

ANALISTA.— Porque han servido es por lo que

usted debe tomar la decisión. *(Pausa)*. No se aflija. En realidad ya lo hizo.

PRIOR.— *(Va hacia los monjes, emocionado)*. Hermanos . . . les traigo una buena noticia . . .

Entra a escena uno de los monjes vestidos ya sin el hábito.

ANALISTA.— Están con usted. Van a seguirlo. Tres de los monjes que integran el Coro se apartan del grupo y salen rápidamente del escenario.

PRIOR.— No todos.

ANALISTA.— Es mejor así. De ese modo puede aceptar con mayor humildad la soberbia.

El Analista sale. El Prior tiende sus brazos hacia los monjes como si los abrazara. Se reúne con ellos en torno al escritorio-altar. Ahí hablan en voz baja, cordiales, ajenos durante toda la siguiente escena al Coro de católicos y al Coro de periodistas que entran violentamente.

CORO DE PERIODISTAS.— El monasterio rompe con el Vaticano. El Prior funda una nueva orden. Los monjes renuncian a sus hábitos. Escándalo. ¡Escándalo! El Prior se convierte en un laico. *(Con burla:)* Desobedece para seguir obedeciendo. Cambia la Iglesia por el psicoanálisis. *(Nuevamente con violencia:)* ¡Noticia, noticia! ¡Escándalo! ¡Escándalo!

CORO DE CATOLICOS.— El Prior no es Galileo. El Prior no es un iluminado. El Prior es un rebelde. El Prior es en hereje. El Prior es un apóstata, blasfemo, miserable. ¡Hace doscientos años lo

hubiéramos quemado! ¡Que se diga toda la verdad!

CORO DE PERIODISTAS.— ¡Yo la sé, yo la sé!

CORO DE CATOLICOS.— Que hable el periodismo.

CORO DE PERIODISTAS.— El monasterio es un centro de depravación. Una cueva de enfermos sexuales.

CORO DE CATOLICOS.— Enfermos, herejes, traidores.

CORO DE PERIODISTAS.— El Prior iniciaba a sus monjes en prácticas aberrantes y expulsaba a los indóciles.

CORO DE CATOLICOS.— Blasfemos, invertidos, apóstatas.

CORO DE PERIODISTAS.— Los obliga a lecturas pornográficas. Los embriaga, los droga, los estafa.

CORO DE CATOLICOS.— Renegados, drogadictos, miserables.

CORO DE PERIODISTAS.— Todo está corrompido en la colina. No merecen sus lágrimas ni sus rezos. La Iglesia no ha perdido a un apóstol, católicos: la Iglesia se ha librado de un loco.

CORO DE CATOLICOS.— Excomunió. Excomunió. Excomunió.

El grito del Coro de católicos, al que se une el Coro de periodistas gritando también ¡excomunió!, resuena largamente como una artillería. Callan todos de golpe cuando entra el Obispo. Católicos y periodistas se miran entre sí, cuchichean con referencia al Obispo, a quien señalan acusatoriamente, pero ante quien finalmente re-

troceden atemorizados. Salen. También los monjes salen.

OBISPO.— Pudo haber evitado este escándalo, padre.

PRIOR.— Yo no traje el escándalo.

OBISPO.— Llamó a los buitres para que se arrojaran contra usted. Han llenado de lodo su casa.

PRIOR.— Sólo di testimonio público de mi fe y de mi búsqueda.

OBISPO.— Se vanaglorió de su rebeldía.

PRIOR.— No me he rebelado contra Cristo, sigo con él por el nuevo camino al que me lanzó Roma. Algún día estaré sumamente agradecido con mis jueces y con mi tiempo por haberme cerrado una puerta. Sólo en esa forma descubrí que junto a una puerta que se cierra, siempre hay otra que se puede abrir, sin necesidad de hacer explotar la casa.

OBISPO.— Pensé que al menos lo consultaría conmigo, como antes, como cuando luchamos juntos en el Concilio . . . ¿Acaso tenía miedo de que le recomendara obediencia, sumisión?

PRIOR.— ¿Eso me habría exigido?

OBISPO.— Exigir, no. Sugerir, tal vez, Dialogar es la palabra . . . Yo no tengo derecho a juzgarlo.

PRIOR.— Me juzga ya en su corazón, y me condena.

OBISPO.— Comprenda, padre, ya no soy un hombre joven ni puedo cambiar fácilmente mis hábitos, mi estilo y mi manera toda de ser. Faltaría a mi conciencia si tratara de romper los esquemas mentales que me inculcaron desde pequeño y que me impiden abrirme por entero a conceptos tan nuevos como los que usted sostiene

ahora . . . Emprendo un nuevo camino, dice usted, un nuevo camino que está dentro y fuera de la Iglesia al mismo tiempo, paradójicamente . . . No sé. No lo entiendo. No puede fácilmente comprenderlo un cura como yo. Pero eso no significa que niegue valor a sus teorías, que las deseche sólo porque me son ajenas, desconocidas, extrañas. Trato de ser justo. Trato de respetar su libertad y de buscar en sus intenciones al Espíritu que nos habla. Porque el Espíritu sopla donde lo tiene a bien. Y yo quisiera pensar que ha soplado sobre la colina.

PRIOR.— Me basta con que piense y se convenza de que actúo con absoluta sinceridad . . . Y dé por cierto que ninguna charla previa entre nosotros habría hecho variar mi decisión. *Pausa* No, no me olvidé en ningún momento de mi amigo el Obispo. Es únicamente que esta aventura debo emprenderla solo, con mis hermanos.

OBISPO.— Y con el Analista.

PRIOR.— El Analista significa la soledad.

OBISPO.— Podría significar el error.

PRIOR.— También el triunfo.

OBISPO.— Temo por usted, padre; oigo chillar a esos buitres y me aterro. Temo que la incompreensión de nuestros hermanos hacia esta experiencia nacida de buena fe, fruto de una búsqueda legítima, engendre en ustedes una confianza desmedida en algo que podría convertirse en un sustituto de la religión. Si así llegara a ocurrir, el mismo psicoanálisis, dentro de cualquier esfera religiosa, resultaría perjudicado. Lo está resultando ya, tal vez.

PRIOR.— No lo creo. No comparto su opinión. Pienso todo lo contrario. Este encuentro entre la

fe y el psicoanálisis fortalecerá a ambos, despejará muchas incógnitas, vencerá a los demonios que todos llevamos dentro y que nos impiden heredar el reino.

OBISPO.— No olvide las palabras de Cristo, padre. El pasaje de Lucas . . . Cuando un espíritu impuro sale de un hombre, recorre los lugares áridos buscando reposo, y no hallándolo se dice: volveré a la casa de donde salí. Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan allí, y vienen a ser las postrimerías de aquel hombre, peores que sus principios. *Pausa*. No quisiera que ese espíritu impuro que el psicoanálisis ha arrojado de usted, regresara con otros siete.

PRIOR.— ¡Lo arrojaríamos también! Volveríamos a luchar y a comenzar desde el principio, siempre.

OBISPO.— Tenga cuidado.

PRIOR.— Tengo coraje y fe. No necesito más para el camino.

El Coro de monjes ha entrado nuevamente, pero ahora todos visten sin el hábito. El Obispo sale lentamente. El Prior y los monjes quedan en el escenario, mirándolo irse.

Oscuro final.